

# TIEMPO INTERESANTE

ANTONIO ÁLVAREZ MESTA

**Podríamos decir parafraseando a Charles Dickens que vivimos tanto en el mejor como en el peor de los tiempos, que nuestro periodo es tanto la primavera de la esperanza como el invierno de la desesperación...**

17

**E**n la antigua y en extremo refinada China imperial, la expresión “Que los dioses le concedan vivir en un tiempo interesante” constituía la expresión de un buen deseo, pero quien escuchaba tal frase -y que había de agradecerla obligado por los rigurosos protocolos de la educación noble- consciente estaba que vivir en un tiempo interesante nunca equivalía a vivir en una época plácida y tranquila. Por el contrario, lo que volvía interesante a una época era la incertidumbre alimentada por las abruptas y demandantes mutaciones de la naturaleza y de la sociedad. Lo interesante de un período radicaba precisamente en las crisis que correspondía enfrentar y que exigían las respuestas más sabias y las adaptaciones más creativas so pena de perder la vida o, por lo menos, de perder abundante calidad de vida por la privación de recursos e incluso por la supresión de la libertad misma. Para los habitantes del celeste imperio la palabra crisis implicaba simultáneamente riesgo y oportunidad. Sabían que si el riesgo era ingente, también era vasta la oportunidad de desarrollarse. La experiencia multiseccular de aquellos perspicaces orientales les permitió comprender que la inteligencia y la creatividad tienden a agudizarse en un entorno exigente y en cambio usualmente se embotan en un ambiente poco demandante. A ellos les constaba que la vida regalada y laxa no suele estimular el desarrollo del potencial humano.

La época que estamos viviendo constituye sin duda un tiempo interesante. Podríamos decir parafraseando a Charles Dickens que vivimos tanto en el mejor como en el peor de los tiempos, que nuestro periodo es tanto la primavera de la esperanza como el invierno de la desesperación. Los riesgos y desafíos de esta etapa tan crítica son incontables, pero las oportunidades de desarrollo de que hoy disponemos no tienen precedente en la historia. Esas oportunidades nos permiten un razonable optimismo a pesar de los variados y complejos problemas que urge solucionar. Ese optimismo es lícito ya que por una parte, nadie puede negar que hemos avanzado en conciencia social, en compromiso político y en participación ciudadana aunque tales avances no se hayan dado con la celeridad y la uniformidad deseadas, y por la otra, la tecnología está poniendo a nuestro alcance satisfactores apenas imaginables antaño. Es encomiable -por ejemplo- que la tecnología médica ahora remedie enfermedades que no hace mucho eran consideradas como incurables. Es fascinante que la tecnología nos permita escuchar a voluntad los conciertos de Bach, los poemas de Neruda o la voz de un familiar que se encuentra a miles





de kilómetros de distancia. Es maravilloso, que podamos apreciar en nuestro propio domicilio obras del museo Louvre, mejor que si hiciéramos una apresurada visita a París, y a todas luces resulta positivo que podamos realizar de inmediato consultas a los mejores centros de información del planeta. Si un noticiero o un periódico nos parecen sesgados ahora podemos acudir a fuentes más fidedignas. Ya no tenemos que comulgar con ruedas de molino, ya no tenemos que “tragarnos” las patrañas que por tantos años fueron nuestra única opción. Se han puesto asimismo a nuestro alcance los saberes desarrollados por las figuras más egregias del orbe y de la historia. Por algo José Emilio Pacheco escribió con enorme satisfacción en “Letras Libres” lo significativo que le resulta traer las sonoras palabras de los más relevantes poetas en un IPOD. En lo personal, además de leer sus libros, sin ser espiritista escucho y veo con frecuencia a Jorge Luis Borges, a Octavio Paz, a Carl Sagan, a Erich Fromm y a muchos otros señorones cuya palabra me sigue inspirando e invitando a la reflexión a pesar de llevar varios años de finados. Para contactarlos no preciso de sedicentes médiums, sino de medios e instrumentos de comunicación que para fortuna nuestra este tiempo interesante en que vivimos los posee en abundancia debido al desarrollo tecnológico. Aun así, la tecnología se ha convertido en el blanco de virulentas críticas. Son legión las voces que la consideran como uno de los mayores males que aquejan a la humanidad. Incluso hay quienes aseveran que la tecnología deshumaniza a las personas, que las vuelve mezquinas e insensibles, que inevitablemente las convierte en seres sin conciencia y corazón. Frente a los que afirman la perversidad intrínseca de la tecnología, es necesario sostener que ésta constituye un medio extraordinario para enriquecer la vida de los seres humanos. A esos críticos acerbos y obtusos hay que hacerles notar que la tecnología ha estado presente desde que los hombres son hombres, que de hecho resulta inconcebible la existencia de veras humanas sin tecnología. Una simple vara, empleada para alcanzar los frutos elevados de un árbol, ya es tecnología. Un lápiz es tecnología y también lo son los libros. Marshall McLuhan nos hizo ver que la tecnología es siempre una extensión de las posibilidades somáticas y mentales del hombre, es decir, la tecnología conduce al incremento y prolongación de las diversas facultades humanas. Así, la palanca es la extensión del brazo, la rueda es el perfeccionamiento de la pierna, los telescopios y microscopios agudizan nuestra visión, las pinzas brindan más fuerza a la mano, la escritura expande la memoria y enriquece la comunicación. McLuhan irritó a muchos cuando

afirmó que las computadoras constituyen extensiones del cerebro. Sin embargo, bien considerado el asunto, hemos de concluir que el controvertido teórico canadiense dijo la verdad, pues gracias a la moderna tecnología somos capaces de un procesamiento de información jamás conocido en otras épocas.

El miedo a la tecnología no es nuevo, el mismísimo Platón, dio cuenta de él casi cinco siglos antes de la era cristiana. En su espléndido diálogo Fedro, Platón pone en boca de Sócrates el siguiente relato: “En Naucratis de Egipto vivió uno de los antiguos dioses de allá, aquél cuya ave sagrada es la que llaman ibis y cuyo nombre era Theuth. Éste fue el primero que, entre otras cosas, inventó la escritura. Era entonces rey de todo Egipto Thamus, cuya corte estaba en Tebas. Theuth vino al rey y le mostró su arte, afirmando que debía ser comunicado a los demás egipcios. Thamus le preguntó entonces qué utilidad tenía y Theuth le replicó: “Este conocimiento, ¡oh Rey!, hará más sabios a los egipcios; es el elixir de la memoria y de la sabiduría, lo que con el he descubierto”. Entonces Thamus le dijo: “¡Oh Theuth!, por ser el padre de la escritura le atribuyes facultades contrarias a las que posee, pues ella producirá en el alma de los hombres el olvido de la auténtica sabiduría, ya que, fiándose de la escritura, recordarán de un modo externo, no desde su propio interior. Será, por tanto, la apariencia de sabiduría, no su verdad, lo que la escritura procurará a los hombres; y una vez que haya hecho de ellos eruditos sin verdadero saber, su compañía será difícil de soportar, porque se creerán sabios en lugar de serlo”. La advertencia platónica es pertinente, pero no contra el uso de la tecnología, sino contra su abuso. Y está claro que así como no se debe sacralizar la tecnología, convirtiendo los medios en fines, tampoco se debe negar su gran valor instrumental. Lo que no resulta admisible es culparla de los grandes males que nos aquejan. Hacerlo equivaldría a ser tan irresponsables e inmaduros como el chiquillo malcriado que se tropieza con una silla y echándole la culpa se pone a patearla. La tecnología llegó para quedarse. Asumamos entonces la responsabilidad de darle un empleo acorde a nuestra dignidad de personas. Así creceremos.